

de su juventud. Su alta y proporcionada estatura no había adquirido todavía carácter majestuoso, merced á los ejercicios corporales y á la hidroterapia. Su hermoso rostro de patricio italiano, encuadrado por una b̄arba negra y puntiaguda, se arrugaba apenas, y sus cabellos se encanecían únicamente en las sienas.

Continuaba manteniendo sus grandes éxitos en el gran mundo. Lo que no obstaba para que confiara á sus amigos que estaba completamente desengañado de sus relaciones con las grandes damas. Abundaban más las tazas de te que los besos. Y todas sus atenciones eran vanas, huecas, fugitivas. No le dejaban más tiempo que el de oír el roce de los refajos de seda, marchitar una violeta y escapar rápidamente, por que el sastre, la modista, el peluquero, el marido ó la madre esperaban.

Sentía el cansancio del movimiento mundano, aspiraba á los goces íntimos, pero no quería persuadirse de que era la prudente naturaleza la que le daba el consejo de retirarse, porque la vejez estaba casi dispuesta á llamar á su puerta, y muy pronto no podría correr. Mientras tanto, había tomado una cocinera, y comía en casa, con gran contentamiento de Teresa.

El tiempo había transcurrido también para la niña, que tenía entonces diez y siete años. No era ya la pequeña mendiga del bulevar de la Magdalena, pero tampoco era la seño-

rita de la burguesía. Era de mediana estatura, bien proporcionada, de rostro moreno, de ojos azules y pelo rizado naturalmente. Todas las nociones confusas y pedantescas sobre literatura, historia y demás, que los distinguidos profesores—todos de la Universidad—enseñaban á las jóvenes educandas de la señorita Batilly, las había almacenado en su cabeza. Desde el punto de vista clásico era una sabihonda como sus compañeras, emitiendo las opiniones aprendidas con una precisión tan aflictiva como impecable.

Pero lo que aquellos brillantes educadores, á pesar de sus esfuerzos, no habían podido deformar en ella, era su buen sentido artístico, que se había conservado en absoluto. Como tampoco la forma burlona de discurrir. Tenía impresa para siempre la huella de su vida nómada. Su jerga de Montmartre rebrotaba entre las bellas frases aprendidas, como la cicuta en medio de los prados ingleses, bien recortados y soberbiamente peinados.

Grave ocasión de escándalo era, cuando en el curso de literatura el profesor fustigaba, con tanta mayor fogosidad cuanto que no había nadie para contradecirle, á algún autor moderno leído por Teresa durante los domingos, en el estudio de Mels, y la discípula protestaba con algunos «oh» irrespetuosos. Un día que el bueno y espiritual Labiche había sido tratado desde su inmortalidad como un

simple viviente, llegó hasta lanzar un «¡ Ah, tonto!» que hizo época.

La señorita Batilly quedó sofocada. Se trató de devolver á Teresa á su tutor. Pero Mels era un señor demasiado conspicuo para permitirse ciertas libertades con él. Fué informado por carta de los exabruptos de lenguaje de la señorita Aufridi. Y con su más hermoso carácter de letra, el artista contestó que á su entender la culpa era del profesor, y que las alusiones ofensivas á autores todavía vivientes ó apenas desaparecidos le parecían altamente inconvenientes. «A decir verdad, no aprobaba que la señorita Teresa hubiese dejado hablar su razón en forma tal vez excesivamente popular, pero estaba seguro de que ningún académico la culparía á causa de su intención.»

Lo cierto es que el modernismo de Teresa se revelaba en todo. Tenía ingenio y del más chispeante. Pero su corazón era de una sensibilidad para los humildes que llegaba á afectar formas revolucionarias. En el fondo, pertenecía al pueblo, y lo amaba. En una riña entre un cochero particular y un cochero de plaza, instintivamente se ponía de parte del último.

Esta tendencia, que hubiera podido dar vulgaridad á su carácter, quedaba realzada por un gusto refinado que hacía refinar siempre á Teresa del lado de la belleza. Unos versos sonoros, unas suaves melodías, un rostro

gracioso, una palabra elegante la hallaban sinceramente dispuesta á la admiración. Y no se engañaba jamás respecto al valor real de lo que veía ú oía. Su juicio era exacto; y como lo decía sonriendo, nadie se daba por ofendido. En suma, era una persona nada común, que no pasaba nunca inadvertida, y cuyos ojos azules y voz grave formaban un seductor contraste.

Tenía diez y ocho años cuando Mels, que contaba cuarenta y cinco, se decidió á tenerla definitivamente en casa. La vuelta de Teresa coincidió con el propósito de Mels de renunciar á la vida de solterón. Si el mundo pudiese razonar con justicia y juzgar serenamente, hubiera aprobado que aquel hombre, ya maduro, se creará un interior agradable, gracias á aquella deliciosa muchacha, con objeto de envejecer en la placidez y la tranquilidad. Pero ¿qué sería el mundo, si no fuese estúpido y malo?

Los primeros que vieron en casa de Mels el lindo rostro de Teresa, sonrieron con intención. En ocho días se propaló el rumor de que el pintor había instalado en su casa una amante deliciosa. El retrato de la joven, expuesto aquel año en el Salón, y que es sin duda la obra maestra del artista produjo inmensa impresión. Fué reproducido en todas las ilustraciones, grabado, fotografiado. El ministerio quiso comprarlo para el Luxem-

burgo, pero no se había puesto á la venta. Mels lo guardaba para sí.

El año siguiente, nueva sensación, más formidable tal vez, por lo inesperada. Teresa exponía por primera vez, y había enviado el retrato de Mels. Aquella tela, tan notable por su brillantez de color, por los tronos grises plateados del fondo y por la luz dorada que iluminaba la figura fué calificada de primer orden. Era la revelación de una nueva manera. El impresionismo marcaba en ella su influencia, pero la ejecución amplia y precisa recordaba á Franz Hals. Teresa Aufridi, de golpe, quedaba clasificada entre los más hábiles ejecutantes de la escuela contemporánea.

La sorpresa causada por su talento redoblaba la curiosidad que despertaba su persona. Todos querían conocerla, y los que podían, merced á sus relaciones de amistad con Mels, aproximarse á la joven artista, quedaban súbitamente prendados de la simpatía que de ella emanaba. Y se quedaban sin saber qué pensar.

Al verla en el estudio de Mels, modesta, sonriente, graciosa y con tan perfecta corrección, íbanse disipando las anteriores calumnias. ¿Aquella joven, tan sencilla, tan respetuosa, tan fina, la amante del viejo pintor? Los jóvenes protestaban de aquella suposición, con todo el ardor de sus deseos. Los viejos, sintiéndose incapaces de seducir aquella gracia y aquella inteligencia, meneaban la



cabeza, diciendo: ¡Es imposible! La reputación de Teresa quedó, pues, salvaguardada por su gloria. Y pareció más incorruptible, porque tenía más talento.

La verdad la traducía Ténéran con más exactitud cuando decía:

—¿Por qué no debemos admitir que Mels sea un buen hombre que ha concedido el lujo de la paternidad sin los inconvenientes del matrimonio? Ha criado á Teresa Aufridi, la ha instruído en su arte y ha hecho de ella una mujer notable. La cosa no es seguramente muy común. En primer lugar porque precisa ser un grande artista como Mels, y después porque es necesario encontrar un sujeto superior como Teresa. Pero conviniendo en que la conjunción de esas diversas rarezas se ha realizado, ¿por qué hemos de explicarlas con malignas suposiciones? ¡La humanidad es muy vil y muy estúpida, si no puede asignar á la intimidad de dos seres de sexo diferente más que móviles degradantes! Teresa vive con Mels, luego es su amante. Esta es la delicada conclusión del pensamiento mundano. La más baja corrupción material, la más asquerosa sensualidad son todo lo que nuestros contemporáneos descubren en el recíproco afecto entre un Mels y una Teresa. ¡Honor á nuestros tiempos! Su ideal es claramente el de una matrona que vende criaturas á señores viejos. Este siglo es el honor de nuestra historia. Habrá visto el adveni-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIV. STA
"ALFONSO REYES"
1940. 1625 MONTERREY, MEX.

miento de la pornografía en literatura, el reino de la corrupción en política, y la quiebra del gusto en las artes. ¡Es el triunfo de la podredumbre y la imbecilidad!

Pero Ténéran era un blasfemo. En todo cuanto decía había que creerle á medias. Este siglo no es tan infame como supone, y sobre todo tan estúpido. Y en cuanto á Mels, era el más honrado de los hombres, el más delicado de los maestros, y el más atento de los tutores. Sólo que no estaba enteramente seguro de que no amara secretamente á Teresa.

Nunca se lo había preguntado á sí mismo. Y seguramente lo ignoraba. Pero en su manera de ser respecto á la joven había algo más que bondad paternal. Una gracia cariñosa, una coquetería rebuscada regulaban la conducta de Mels. Nunca salía de sus labios una palabra que no fuese correcta y de buena ley, pero en todo se traslucía un deseo de agradar, y sus vivas miradas y su dulce sonrisa no hubieran podido engañar á una mujer de experiencia.

Pero Teresa no tenía ninguna experiencia. Ignoraba la coquetería. Durante su vida vagabunda sólo conoció de los hombres la grosería y la imprudencia. ¿Cómo podía descubrir, bajo la envoltura de la delicadeza y la simpatía que lo disimulaban, el obscuro amor que su maestro había concebido por ella? Sin embargo una persona en quien ella

tenía entera confianza, se decidió á abrirle los ojos.

Celia Bazin, por una afortunada casualidad semejante á la que favorecía á su amiga, fué colocada en una escuela del Estado, gracias á la protección del consejero municipal de su barrio, y mientras que Teresa se convertía en la discípula de Mels, salía del liceo Molière con su título de enseñanza superior. Solicitada á que se presentara á la escuela de Sèvres, que es la escuela normal de las mujeres, prefirió su libertad: y arrastrada por su poderosa imaginación, empezó la serie de notables estudios literarios sobre *La condición de la mujer en la Sociedad moderna*. La casualidad, ó más bien las afinidades naturales, habían enlazado aquellas dos inteligencias hermanas por el talento. Del compañerismo callejero de otros tiempos nació una amistad sólida, ilustrada y confidente.

Celia sabía todo lo de Teresa. Teresa se hacía explicar extensamente los proyectos de la literata. Cuando llegaba la noche imposibilitando el trabajo, Mels salía á hacer sus visitas y á respirar el aire de los salones, ocupación indispensable para su vida moral. Entonces Celia aparecía, y fumando cigarrillos, ambas amigas conversaban en la penumbra, con voces de ensueño.

Eran los momentos más deliciosos para ellas. ¡Sentíanse tan bien en aquella confianza! Hablaban únicamente para ellas, seguras

de ser comprendidas, aprobadas, tan semejantes eran sus puntos de vista. Una y otra eran modernistas, con intransigencia, en todo cuanto concernía á sus gustos personales y á sus tendencias artísticas. Enteramente colectivas, cuando se trataba de los demás. No era raro que Teresa dijera hablando de un pintor: «No me gusta lo que hace, pero tiene talento.» En cuanto á Celia, tenía la costumbre de declarar que no hay que exigir que las manzanas tengan el sabor de las ananas, y que las buenas manzanas no son despreciables.

Sin embargo, lo que hacía perder á Celia toda dulzura y hasta toda cordura, era lo concerniente á la suerte de los animales. Consentía en ver sufrir á los hombres pero no admitía que se atormentase á las bestias. En su consecuencia, mantenía en su casa un serrallo de gatos, perros y pájaros recogidos por caridad, que hacían peligroso el visitarla á cuantos no participaban de su intimidad. Aquella extraña joven, de una sensibilidad exaltada y de un realismo violento, formaba con la tranquila, dulce y tierna Teresa, el más completo contraste. Tal vez esta era la razón porque se gustaban tanto una á otra. Un día que Celia, medio tendida en el diván del estudio, observaba á su amiga mientras pintaba, exclamó de improviso:

—En suma, Teresa ¿cuál es tu situación

aquí? ¿Y cuáles son tus intenciones para el porvenir?

A esta pregunta, disparada después de un largo silencio, durante el cual las ideas de Celia se fueron amontonando, como nubarrones que preludían un naufragio, Teresa se volvió, dejó la paleta sobre una mesita, y mirando á su compañera con sorpresa:

—¿Qué mosca te ha picado? ¿Y has aguardado hasta hoy para saber que Mels me tiene en su casa como una hija adoptiva? ¿E imagina acaso que yo intente cambiar en un ápice las condiciones de mi existencia?

—Tú, no, ya lo creo. ¿Pero él?

Los ojos azules de Teresa se fijaron en el rostro irónico de Celia, con una expresión de cándida inquietud.

—¡Cómo! ¿Por qué habría de tener mi maestro otras ideas de las que ha tenido desde que le conozco?

—¡Donosa razón! Porque todo cambia: los seres lo mismo que las cosas. Y porque las intenciones de ayer no encajan siempre con las intenciones de mañana. ¿Piensas acaso que eres la misma del día que entraste en este taller para servir de modelo al autor del *Motín*? Tu eras entonces una niña pálida, triste y desarrapada. Hoy eres una mujer simpática, fresca y sonrosada. ¿Tendría nada de particular que Mels hubiese observado la transformación?

—¡Estás loca!

—Entonces lo estoy en buena y numerosa compañía. Porque la pregunta que acabo de dirigirte, todos la hacen, y algunos hasta la resuelven, según sus gustos y sentimientos.

—¡Me importa un bledo!

—¡Y á mi también! Supongo pensarás que no es para hacer coro á los fatuos y detractores si me ocupo de la situación. Sólo me mueve tu interés. Yo no soy como Ténéran, que responde de la virtud de Mels. Pero me importa saber si no sientes ninguna inquietud ó preocupación. Y si te lo pregunto hoy, es porque puedo ofrecerte una solución.

—¡Ah! ¿De verás? ¿Cuál?

—¡Diantre! esta: que en el caso de que te decidas á afirmar tu independencia, te vengas á vivir conmigo, entre mis gatos y mis perros. Yo me gano espléndidamente la vida, estoy bien instalada y tengo un cuarto á tu disposición. Con el producto de tus pinturas alquilarías un taller.

—¿Y abandonarías al hombre á quien debo lo que soy?—interrumpió Teresa.

—¡Bien!—dijo Celia.—Esto es contestar. Contigo se sabe al menos en seguida á donde hay que ir á parar. ¿No quieres separarte de Mels? Entonces hablemos de las condiciones en que puedes permanecer á su lado. Tú no ignoras, y así lo supongo, que los hombres, en general, cultivan el egoísmo con admirable ingeniosidad...

—También se dice que las mujeres hacen lo mismo por ingratitud...

—Los hombres y las mujeres, hija mía, no valen gran cosa. Y hay que evitar ponerles en lucha con su interés, bajo pena de presenciarse atrocidades. Pero en la especie del que nos ocupa, gracias al cielo, no se trata más que de sentimientos. Tenemos, pues, la suerte de no ver al monstruo humano desencadenado en toda su ferocidad. Mels ha sido perfecto para ti, hasta el día de hoy. Tú le estás agradecida. Todo esto es muy hermoso y conforta el espíritu. ¿Pero, qué sucederá mañana? La situación que te has creado en esta casa no es regular. Tú no eres ni pariente ni pupila de Mels. Tú eres simplemente una niña recogida y criada, que si no tuvieses gracia ni talento, estarías relegada probablemente, y tal vez, por dicha tuya, á los quehaceres de la casa con la anciana Prudencia y completamente ignorada del vulgo. Empero, en lugar de ser la Cenicienta sin brillo, nacida para la tranquila medianía, tú eres la hija de las hadas, la joven princesa esplendorosa que atrae todas las miradas. De ahí, pues, un manantial de probables dificultades, pero también, apresurémonos á afirmarlo, de seguras satisfacciones. Porque no hay que deducir de mi argumentación que sea más ventajoso vegetar en la obscuridad más profunda que manifestarse entre pomposos resplandores. Todos los que se acercan á ti, cele-

bran tus cualidades naturales ó adquiridas. Eres bonita y tienes talento. Tú cuentas, pues, con un gran número de admiradores, y no me parece posible que, si todo París vió á Jimena por los ojos de Rodrigo, nuestro querido Mels deje de ver á Teresa con los ojos de todo París. ¿Qué opinas?

—Todo lo que cuentas es muy ingenioso, muy chispeante. Pero nada prueba que sea exacto. En todo caso, lo ignoro.

—Lo cual equivale á decir que Mels no te ha dejado sospechar haya cambiado de sentimientos, del mismo modo que has cambiado de figura.

—Nunca, es cierto. Es perfectamente bueno, amable, generoso, como lo ha sido siempre conmigo desde que le conozco...

—¿Y galante?

—Sí, tal vez algo más que antes. Pero ¡es tan propio de su naturaleza! Le sería imposible hallarse al lado de una mujer sin intentar agradaarle... Hay hombres coquetones para quienes el hacerse agradables constituye una imperiosa necesidad; y sufren si no están en afectuosa intimidad con las mujeres á quienes se acercan. Creo que vosotros, los fisiólogos, llamáis á esa clase hombres mujeriegos.

—Perfectamente. Y el sello particular de esa clase de hombres, es que la edad no ejerce sobre ellos ninguna influencia, y que lo mismo viejos que jóvenes son hombres mujeriegos con el mismo entusiasmo, el mismo

ardor y el mismo placer. Son esos los que, cuando se les dice prudentemente: «Renunciad al amor», responden con convicción: «¡Antes la muerte!» ¡Y la verdad es que no se mueren! El amor les conserva y les da vida. Son los jóvenes eternos, que á cincuenta años llevan todavía chaleco blanco, botines de gamuza y corbatas llamativas... Generosos, sensibles, afectuosos, algo trovadores, ¡pero muy franceses!

Teresa se echó á reír.

—Algo de Mels hay en el retrato que has hecho. Sino que, además de la gracia, tiene la bondad...

—¡Oh! ¡Si no hablo mal de él! ¡Si yo le quiero mucho!... ¿Y tú?

—Pues, yo también, es natural...

—¡Bueno! Pero hay muchas maneras de amar...

—¡Oh! Yo sólo comprendo una: la de hacer feliz á quien se ama.

—¡Hola! Hija mía ¡esto puede conducir muy lejos!

—Celia, amiga, reflexiona un poco lo que he sido y explícame lo que arriesgo. He andado por el arroyo descalza, expuesta á todos los accidentes de las calles de París. Si no he sido una ladrona, no fué por culpa de la vieja vil que me crió. Si no he sido mala desde que dejé de ser una pilluela, es porque tenía horror al vicio y me daba miedo la gente de gorra del bulevar exterior. De cada cien

niñas como yo, noventa y cinco son carne de prostitución. Todo esto, en verdad, no puede enorgullecerme ¿no te parece? Soy pequita cosa, y sin Mels no sería nada más que una mendiga, como mis excompañeras. ¿Voy ahora á hacerme la melindrosa? No, amiga mía. No dependo más que de mí misma, lo debo todo á Mels y lo considero absolutamente libre de hacer lo que me antoje, el día que se me antoje. En cuanto á la opinión del mundo ¡me importa un bledo!

—¿De acuerdo! ¿Pero qué es lo que se te antojará?

—¿Lo sé acaso?

—¿No guardas, pues, ningún secreto? ¿No tienes ningún deseo, ninguna ambición?

—Nada más que permanecer como estoy.

Celia se quedó un momento silenciosa; luego mirando á su amiga hasta el fondo de los ojos:

—¿Y si Mels te propusiera que te casaras con él?

Teresa se puso algo encarnada. Frunció las negras cejas y apretó los labios; pero con voz entera replicó:

—Sería la mayor tontería que pudiera cometer, y yo no me prestaría á ello. Mels adora el mundo y la condición necesaria de su éxito, de su reputación, es la facultad que en alto grado posee de multiplicarse, de exhibirse, de representar. Mels, ya lo sabes, es como una cometa, ligera, que se levanta en el aire

á merced del viento, balanceándose, deslizándose, con movimientos libres y graciosos. Pon lastre á esa cometa y luego pídele que se eleve como antes, á lo más alto del horizonte. Imposible. Ya no puede subir. Para Mels, la mujer sería el lastre. Y si esa mujer fuera además una exmodelo, una artista, una cosa irregular como yo, ¡pobre cometa, valdría más que no intentara levantarse otra vez! Porque no tardaría en caer al suelo, desgarrada y perdida.

—Tu filosofía es sorprendente, Teresa.

—No, Celia, por ahora tengo sólo un poco de sentido común. Porque ¿quién sabe? Tal vez no lo tenga siempre.

—Pero lo que es indudable, es que no amas á Mels.

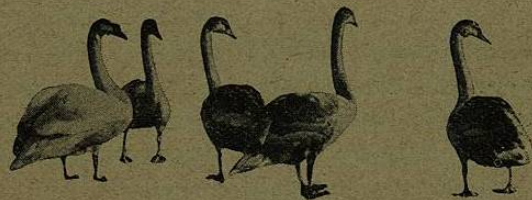
—Daría mi vida por él.

—Sí, pero no le has dado tu corazón. Y seguramente él lo hubiera preferido.

La existencia de Teresa continuó, pues, tal como había empezado. La gente se acostumbró á verla en compañía de Mels. Los que se divertían en buscar motivos pasionales á la adopción de la hermosa joven por el pintor, tuvieron toda la comodidad posible de perseverar en su opinión. La indiferencia de la masa había aceptado el hecho de la cohabitación de Teresa con Mels y lo explicaban por su comunidad de gustos artísticos. «Eran maestro y discípula. Esto lo excusaba todo. Y además, tenían talento, y con él el derecho

de hacer lo que se les antojara. En una palabra, se hablaba mucho, pero no se estaba seguro de nada.»

Esta serie de frivolidades era el resumen de las discusiones. Mels no notó que fuera menos bien recibido en los salones. Pero había renunciado á los galanteos y se había hecho más serio. Es verdad que frisaba en los cincuenta, lo cual debía incitarle á ser prudente. La única ocasión en que pudo notar que su conducta era tenida por irregular, fué cuando Hébert dejó la dirección de la Academia de Roma. Se trató entonces oficiosamente de reemplazarle por Mels. Pero el ministro dijo: «Sin duda alguna sería la mejor elección si no hubiera la señorita Aufridi.» La frase, repetida á Mels, le hirió en lo más vivo. Para consolarle, el ministro le nombró comendador de la Legión de honor. Teresa no recibió nada. Pero le importaba poco. Vivía tranquila sin hacer caso de la opinión y pintaba obras maestras.



III

En el estudio de Mels, sentada en un sillón Luis XIV, en talla dorada, la condesa de Terrenoire, se hacía pintar el retrato por Teresa. Un estrado, al que se accedía por medio de dos escalones, cubierto con un tapiz azul turquesa, realzaba al modelo y le daba, envuelta en sus galas, con su estudiada actitud, el aspecto de una hermosa dama del siglo xvii. Teresa, vestida con un traje de paño marrón y un delantal con peto que le subía hasta el cuello, encaramada en un taburete, trabajaba con silencioso ardor.